

NOVENA DE MARÍA AUXILIADORA

Tema general

LA EUCARISTÍA Y LA VIRGEN

En el Año de la Eucaristía

Novena dedicada a Juan Pablo II,
el Papa del Año de la Eucaristía,
el Papa de la Virgen.

Sugerencias para la Novena

- * **Homilias**
- * **Moniciones**
- * **Preces**

Textos redactados por Bautista Araiz

Comunidad Salesiana de Barakaldo

15 PENTECOSTÉS. Misa y lecturas de la solemnidad

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy día estamos rodeados de aparatos electrónicos. Además, cada aparato tiene su propia programación. Las amas de casa son un ejemplo de cómo manejar la electrónica. Merecen nuestro aplauso.

Pero, si un día se va la luz, esos aparatos no sirven para nada. La electricidad es la energía que los hace funcionar.

Esta comparación nos puede ayudar un poco a comprender la fiesta del Espíritu Santo, que hoy celebramos.

Jesús había fundado la Iglesia, con la Virgen, los Apóstoles, los discípulos. Ellos eran como el aparato, la estructura de la Iglesia. Pero Jesús subió al Cielo y esa Iglesia fundada por Él no funcionaba. De hecho, la Virgen, los Apóstoles y los primeros cristianos se encerraron en la sala del Cenáculo. ¿Qué les faltaba? La corriente, la energía misteriosa que les diera vida y movimiento.

Jesús, al subir al Cielo, juntamente con Dios Padre, envió a su Iglesia la energía del Espíritu Santo. Entonces, aquella Iglesia, compuesta por la Virgen, los Apóstoles y los primeros cristianos comenzó a funcionar, como un aparato que recibe la corriente eléctrica.

Hoy comenzamos la Novena de María Auxiliadora. Fijemos nuestros ojos en María, la mujer que con más plenitud ha recibido esa energía del Espíritu Santo.

En el mismo momento en que María fue concebida por sus padres intervino la energía de Dios, o sea, el Espíritu Santo. Y santificó aquel comienzo de la vida de María, haciéndola Purísima, Inmaculada.

María creció, y un día se le apareció un Ángel para anunciarle que Dios la escogía para ser Madre del Mesías, de Jesús.

Y de nuevo actuó el Espíritu Santo. Sin intervención de San José, el Espíritu Santo fecundó el seno de María para que fuera Madre de Jesús. De ese modo, María le dio a Jesús un cuerpo humano; y Él, con ese cuerpo, vivió y nos salvó.

Pero Jesús hizo algo admirable con su Cuerpo. En la Última Cena, tomó el pan de la mesa, lo partió y les dijo a sus Apóstoles: "Tomad y comed todos de Él, porque esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros".

¿Pero de quién había recibido Jesús ese Cuerpo? De María. ¿Y quién había formado ese Cuerpo en el seno de María? El Espíritu Santo. Así lo afirmamos en el credo: "Por obra y gracia del Espíritu Santo, se encarnó de María Virgen".

Entonces, cuando Jesús nos entrega su Cuerpo en la Comunión, nos da también, en cierto modo, algo de su Madre, porque el cuerpo de un hijo se forma en el seno de su Madre; y nos da también algo del Espíritu Santo, que ha sido quien ha obrado en María esa maternidad.

Podemos preguntar: "¿Quién transforma el pan y el vino en el sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Jesús?".

Cuando el sacerdote nos da la Comunión, nos dice con toda seguridad: "El Cuerpo de Cristo". Así, tal cual. ¿Quién ha hecho ese maravilloso milagro de transformar un poco de pan y de vino en el sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Jesús?

El sacerdote no es capaz de eso. Él solo dice las palabras de la consagración. Pero, a través de esas palabras humanas, el que actúa es el Espíritu Santo.

Recordemos lo que escuchamos siempre en la Eucaristía, aunque quizás no siempre le demos la importancia que tiene. Ojalá que, como fruto espiritual de esta fiesta de Pentecostés, del Espíritu Santo, comprendamos todos mejor este misterio. Recordemos las palabras del sacerdote:

"Santo eres en verdad, Señor, Dios Padre,
fuente de toda santidad:
santifica estos dones del pan y del vino
con la efusión, con el envío, de tu Espíritu,
de manera que sean para nosotros
Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor".

Aquí actúan Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios Padre, por medio de su Espíritu Santo, santifica el pan y el vino para que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesús.

Ese es el mayor milagro que Dios hace cada día para nosotros. Eso no lo puede hacer directamente el sacerdote. Lo que hace el sacerdote es pedir a Dios que realice ese milagro. Y Dios escucha siempre la oración del sacerdote.

Pensemos ahora, otra vez, en la Virgen. "Que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesús". ¿De quién recibió Jesús su Cuerpo y su Sangre? De su madre, María.

Por tanto, cuando en la Comunión recibimos el Cuerpo y Sangre de Jesús, recibimos algo de María, su Madre.

El Espíritu Santo hizo que en el seno de María se uniera el Hijo de Dios con una naturaleza humana. Ese mismo Espíritu es el que, en cada Eucaristía, hace que el pan y el vino se transformen para nosotros en el sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Jesús.

Estamos celebrando el Año de la Eucaristía. Por eso, esta novena va a tener como tema general *La Eucaristía y la Virgen*.

En esta fiesta de Pentecostés, demos gracias al Espíritu Santo que, enviado por Dios Padre, nos regala en cada Eucaristía el Cuerpo y la Sangre, que Jesús recibió de María, su Madre.

SALUDO. El Espíritu Santo esté con vosotros.

AMBIENTACIÓN. Hoy celebramos la Pascua de Pentecostés, la Pascua del Espíritu Santo. Por tanto, ¡felices Pascuas a todos! Dios Padre y Jesús nos regalaron lo mejor que tenían, o sea, su Santo Espíritu. Y en un día como hoy lo enviaron solemnemente a la Virgen, los Apóstoles y

los discípulos de Jesús. En esta Eucaristía, demos gracias a Dios Padre y a Jesús por habernos dado a su Santo Espíritu.

ACTO PENITENCIAL. Ante la santidad del Espíritu Santo, reconocemos humildemente nuestros pecados.

- Jesús, tú fuiste concebido en el seno de María, por obra y gracia del Espíritu Santo. Señor, ten piedad.
- Tú enviaste tu Espíritu a la Virgen, los Apóstoles y los discípulos. Cristo, ten piedad.
- Tú nos regalas también a nosotros tu Santo Espíritu. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

1ª LECTURA. La primera lectura nos narra la venida del Espíritu Santo sobre la Virgen, los Apóstoles y los discípulos de Jesús.

2ª LECTURA. Todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu. Él nos llenó de la gracia de Dios en nuestro Bautismo.

PRECES (*Ver aparte*).

ORAD, HERMANOS. Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

PREFACIO DE LA SOLEMNIDAD.

PLEGARIA EUCARÍSTICA II.

PADRE NUESTRO. Dios Padre nos ha regalado a su Hijo y a su Espíritu. Démosle gracias con todo el corazón: "Padre nuestro".

COMUNIÓN. El Espíritu Santo ha transformado para nosotros el pan y el vino en el sacramento del Cuerpo y Sangre de Jesús. La Comunión es el mejor regalo que el Espíritu Santo nos hace. Démosle gracias.

PRECES - Día 15

Oremos a Dios Padre, que, enviando al Espíritu Santo,
llenó de alegría
el corazón de la Virgen, de los Apóstoles
y de los discípulos de Jesús:

- Para que el Espíritu Santo
llene a la Iglesia con sus dones y carismas,
para la salvación del mundo.
Roguemos al Señor:

- Para que las autoridades
se preocupen de la paz y del bienestar
de su pueblo
y de los demás pueblos del mundo.
Roguemos al Señor:

- Para que el Espíritu Santo
dé fuerza, consuelo y esperanza
a los que sufren en su cuerpo o en su espíritu.
Roguemos al Señor:

- Para que esta Novena de María Auxiliadora
aumente nuestra fe en la Eucaristía
y nuestra devoción a la Virgen.
Roguemos al Señor:

Padre celestial,
gracias por habernos dado tu Espíritu Santo.
Ayúdanos a contagiar a todos
la alegría que Él nos da.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

16 TRES GRANDES REGALOS. Misas de la Virgen, nº. 17: *La Virgen María del Cenáculo*. 1ª lectura de esta misa. Evangelio, de la misa nº. 41 de la Virgen, pág. 168.

Hacer regalos es viejo como el mundo. El sentido más profundo del regalo es el aprecio, el afecto, el respeto que se demuestran las personas entre sí. Lo malo es hacer un regalo por simple compromiso social o por la presión de los grandes almacenes de moda.

El mejor regalo que podemos hacer a alguien es nuestra propia persona, dedicándole nuestro tiempo, nuestra salud, nuestra sonrisa, nuestro trabajo, nuestro saludo, nuestra preocupación. Haciendo eso, no le estamos dando un regalo material, sino que le entregamos algo mejor, nuestra misma persona.

Una curiosidad. ¿Qué regalos nos hace Dios? Ante todo, nos ha dado la creación entera para que la cuidemos, la disfrutemos y nos sirvamos de ella.

Pero eso es poco. Dios se da a sí mismo, su propia persona, su propia vida.

¿Cómo sabemos eso? Muy fácil, mirando al Hijo de Dios, a Jesús. Él se hizo hermano nuestro, para regalarnos lo más grande: ser hijos o hijas de Dios.

Pero, al final de su vida, antes de irse al Cielo, nos hizo tres maravillosos regalos.

Primer regalo: La Eucaristía. En la Última Cena, al despedirse de sus Apóstoles, tomó un pan y una copa de vino y les dijo: "Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros. Tomad y bebed todos de él, porque este es el Cáliz de mi Sangre, que será derramada por vosotros y por todos, para el perdón de los pecados".

Jesús se dio a sí mismo, entregó su Cuerpo, derramó su Sangre por nosotros, para que Dios Padre nos perdonara nuestros pecados.

Segundo regalo: el Espíritu Santo. En la misma Cena, en la que nos dio su Cuerpo y su Sangre, nos prometió que Él y el Padre nos enviarían a su Espíritu Santo: "El Espíritu Santo, que el Padre os enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que Yo os he dicho".

El Padre y el Hijo cumplieron esa promesa en el día de Pentecostés, enviando al Espíritu Santo sobre la Virgen María, los Apóstoles y los primeros cristianos. Hoy nos lo envía a nosotros, especialmente en cada uno de los Sacramentos.

Tercer regalo: su Madre. Era lo único que a Jesús le quedaba en este mundo. El Viernes Santo, clavado en la Cruz, antes de morir, nos dio a su Madre.

Le dijo al discípulo amado: "Ahí tienes a tu Madre. Esa Madre es la mía y ahora, antes de morir, te la regalo para que sea tu Madre".

En la Eucaristía escuchamos las palabras de Jesús: "Tomad y comed mi Cuerpo. Tomad y bebed el cáliz de mi Sangre". En cada Eucaristía, Jesús nos repite también su promesa: "Ahí tenéis a vuestra Madre. Mi Cuerpo y mi Sangre los tomé de mi Madre, María. Al recibir en la comunión mi Cuerpo y mi Sangre, recibís algo de María, porque mi Cuerpo se formó en su

seno de madre. Tocar a un hijo es como tocar a su madre. Recibir a un hijo es como recibir a su madre. Recibirme a Mí en la comunión es, de algún modo, como recibir a mi Madre”.

Qué bien se unen la Eucaristía y la Virgen.

En definitiva, Jesús, antes de morir y de ir a la Casa del Padre, al Cielo, nos hizo estos tres inmensos regalos: su Cuerpo y su Sangre en la Eucaristía, su Espíritu Santo y su Madre.

En la primera lectura de la misa, hemos escuchado cómo los apóstoles, la Virgen y otros discípulos de Jesús se encontraban en el Cenáculo. ¿Qué hacían allí? Orar, recordar la vida de Jesús y prepararse a recibir el Espíritu Santo.

La Virgen ya había recibido el Espíritu Santo en su concepción. Por eso es la Inmaculada Concepción, llena de gracia. Recibió el Espíritu Santo para ser Madre Virgen de Jesús. En su seno se unió el Hijo de Dios con una naturaleza humana.

Pero faltaba algo. Jesús quería que María fuera también Madre de los Apóstoles, Madre de la Iglesia, Auxiliadora nuestra. Y para eso le envió al Espíritu Santo en Pentecostés, junto a los Apóstoles y discípulos de Jesús. Todos ellos formaban la Iglesia. Y María, en medio de ellos, era la Madre de la Iglesia.

Hemos recordado que Jesús, antes de morir, nos hizo tres grandes regalos:

La Eucaristía: “Tomad mi Cuerpo y mi Sangre”.

El Espíritu Santo: “Recibid el Espíritu Santo”.

La Virgen: “He ahí a tu Madre”.

Pero esos regalos de Jesús no se quedaron allá perdidos, hace dos mil años. Esos regalos los recibimos todos los días.

La *Eucaristía*: Todos los días de nuestra vida podemos recibir en la Comunión el Cuerpo y la Sangre de Jesús.

El *Espíritu Santo*: El Espíritu Santo nos santifica en todos los Sacramentos, en toda nuestra vida. El Espíritu Santo nos hace santos, nos purifica, nos dignifica.

La *Virgen*: Si estamos haciendo esta novena de María, es porque la reconocemos como Madre y Auxiliadora.

Demos gracias a Dios que nos ha regalado: su Eucaristía, su Espíritu Santo y la Madre de Jesús, como Madre nuestra.

SALUDO. Cristo, esperanza y alegría del mundo, esté con vosotros.

AMBIENTACIÓN. En este segundo día de la novena, vamos a recordar los tres grandes regalos que nos hizo Jesús en la Última Cena. Nos regaló su Cuerpo y Sangre en la Eucaristía, su Espíritu Santo y su Madre. Si es de bien nacidos el ser agradecidos, demos gracias a Jesús en esta Eucaristía.

ACTO PENITENCIAL. Antes de celebrar estos sagrados misterios, pidamos perdón de nuestras faltas.

- Tú nos has regalado tu Cuerpo y Sangre en la Eucaristía. Señor, ten piedad.
- Tú nos has regalado tu Santo Espíritu. Cristo, ten piedad.
- Tú nos has regalado a tu misma Madre, como Madre nuestra. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

1ª LECTURA. En esta lectura veremos a María, la Madre de Jesús, en medio de los Apóstoles y discípulos. Jesús nos la dio a todos como Madre de la Iglesia.

PRECES (*Ver aparte*).

ORAD, HERMANOS. En el momento de ofrecer el sacrificio de toda la Iglesia, oremos a Dios, Padre todopoderoso.

PREFACIO PROPIO DE ESTA MISA DE LA VIRGEN (pág. 97)

PLEGARIA EUCARÍSTICA III.

PADRE NUESTRO. Unidos a la inmensa familia de los hijos e hijas de Dios, oremos al Padre común: "Padre nuestro".

COMUNIÓN. Jesús, en la Última Cena, nos regaló su Cuerpo y su Sangre, su Santo Espíritu y su Madre. Démosle gracias en esta Comunión.

PRECES – Día 16

En la alegría de esta novena de María Auxiliadora,
invoquemos a Dios Padre,
que nos ha regalado a la Madre de Jesús
como Madre y Auxiliadora de su Iglesia:

- Por todos los cristianos,
para que agradezcamos a Jesús
sus tres grandes regalos:
la Eucaristía, su Espíritu y la Virgen María.
Roguemos al Señor:

- Por todos los ciudadanos,
para que nos sintamos corresponsables
del bien común.
Roguemos al Señor:

- Por los que viven sin esperanza,
para que la resurrección de Jesús
dé un nuevo sentido a su vida.
Roguemos al Señor:

- Por todos nosotros,
para que la devoción a María Auxiliadora
nos ayude a caminar con esperanza
hacia la Casa del Padre.
Roguemos al Señor:

Padre celestial, que has hecho a María
Puerta del Cielo,
ayúdanos a experimentar el poder de su intercesión.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

17 **¡BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE! Misas de la Virgen, nº. 3: *Visitación de la Bienaventurada Virgen María*. Lecturas de la misa. En la 1ª lectura leer el texto del profeta Sofonías. En el evangelio, no leer el Magníficat, porque no se comenta en la homilía.**

En nuestro cuerpo llevamos una cicatriz que nos recuerda a nuestra madre. Al cortar el cordón umbilical que nos unía vitalmente a ella, nos queda para siempre la imborrable cicatriz del ombligo.

El cordón umbilical es como la cadena de la vida que enlaza a la madre con el hijo. Los dos son de la misma naturaleza. La madre no es más que el hijo, ni el hijo más que la madre.

Pero ha habido en la historia una mujer que ha dado a luz a un Hijo, con mayúscula, infinitamente más grande que ella. Esa madre es María, y el Hijo es Jesús.

El misterio comenzó desde el primer momento. Dios Padre quiso que su Hijo divino se *encarnara*, se hiciera carne humana en el seno de la Virgen María. El Espíritu Santo, obró un milagro único en la historia: engendrar un hijo en el seno de una Virgen, y, al mismo tiempo, unirlo al Hijo de Dios. Así profesamos en el credo: "Por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre". Por tanto, María no es solamente una madre humana, como todas las demás, sino la Madre del Señor, de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Para ver eso, hacen falta unos ojos nuevos, unos ojos de fe.

Cuando María fue a visitar a su pariente Isabel, en un primer momento, Isabel vio a María como una joven que venía a visitarla. Pero el Espíritu Santo le abrió a Isabel los ojos de la fe para que viera en ella a la Madre del Señor.

Por eso, Isabel, iluminada por el Espíritu Santo, saludó a María diciendo a voz en grito, llena de entusiasmo: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús! ¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, mi hijo saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá".

Este saludo de Isabel a María dice mucho más de lo que parece.
Lo vamos a aplicar a la relación de la Eucaristía con la Virgen.

En ese momento, María llevaba en su seno a Jesús. "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre".

En la Eucaristía recibimos el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Ese Cuerpo y esa Sangre se formaron en el seno de María, la bendita entre las mujeres, entre las madres, la que tiene un fruto bendito en su vientre. La Eucaristía es un regalo de Dios y también, de algún modo, es un regalo de María, la Madre que dio a Jesús su Cuerpo y su Sangre. Un hijo es siempre un regalo de su madre.

Hay un célebre canto que la Iglesia ha dedicado durante siglos directamente a Jesús en la Eucaristía. Quizás alguien recuerde este canto en latín: "Ave verum Corpus natum de María Virgine". O sea: "Salve, verdadero Cuerpo de Jesús, nacido de la Virgen María".

Por tanto, la Iglesia, adorando el Cuerpo de Jesús en el Pan de la Eucaristía, contempla a María, la Madre que lo engendró y que lo cuidó durante toda su vida.

Volvamos a la visita de Isabel a María. Isabel le dijo a María: "¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?".

Isabel se sentía honradísima con la visita de la Madre de su Señor, la Madre de Jesús. Nosotros, que venimos a honrar a la Virgen en esta novena, nos habríamos sentido honradísimos si nos hubiera visitado la Madre de nuestro Señor. ¡Menuda alegría que nos habría dado con su presencia!

Recordemos las palabras de Isabel: "¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?". Si la visita de la Madre es algo grande, ¿cómo será la visita del Hijo, del Señor? ¿Qué habríamos hecho al recibir la visita de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre?

Reflexionemos unos momentos en silencio (...).

Eso, que nos parece tan grande, resulta que lo tenemos a nuestra mano. En la Eucaristía recibimos a Jesús, al Señor. Y como nos sentimos indignos, le decimos: "Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme". Como decía Isabel: "¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? Mucho más aún: "¿Quién soy yo para que me visite mi Señor, el Hijo de Dios hecho hombre?".

Pero Isabel dijo también a María otras palabras importantes: "¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá".

María creyó que Dios mismo, por medio del Espíritu Santo, había puesto en su seno de madre a Jesús.

Nosotros hemos de creer que en el Pan y en el Vino de la Eucaristía Dios nos ofrece, de un modo misterioso pero real, el Cuerpo y la Sangre de Jesús.

Ojalá se pueda decir de cada uno de nosotros: "Dichoso tú, que has creído que Jesús está realmente presente en la Eucaristía".

Invoquemos al Espíritu Santo: "En este Año de la Eucaristía, danos unos ojos nuevos, ojos de fe, para ver la presencia de Jesús en la Eucaristía, y para ver en el Cuerpo de Jesús, en la Eucaristía, la presencia de su Madre".

SALUDO. El Hijo de Dios, que escogió a María como Madre, esté con vosotros.

AMBIENTACIÓN. En el evangelio de hoy, vamos a escuchar el piropo que Isabel le dirigió a María: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús". La Virgen, por ella misma, sería una mujer como las demás. Toda su santidad y su dignidad se la da su Hijo divino, Jesús. Por eso es la bendita entre todas las mujeres, entre todas las madres.

ACTO PENITENCIAL. Con toda confianza pedimos ahora perdón al Señor de nuestros pecados.

- Tú escogiste a María entre todas las mujeres de la historia. Señor, ten piedad.
- Tú la escogiste como Madre. Cristo, ten piedad.

– Tú nos la has dado a nosotros como Madre. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

1ª LECTURA. El profeta habla a la hija de Sión, que es todo el pueblo de Israel, que esperaba al Mesías. Al final, la verdadera hija de Sión fue María, que recibió como Madre a Jesús. Las palabras de Sofonías son una preparación de las que el ángel dirigió a María en la Anunciación.

PRECES (*Ver aparte*).

ORAD, HERMANOS. Orad, hermanos, para que llevando al altar los gozos y las fatigas de cada día, nos dispongamos a ofrecer el sacrificio agradable a Dios, Padre todopoderoso.

PREFACIO PROPIO DE ESTA MISA DE LA VIRGEN (pág. 41)

PLEGARIA EUCARÍSTICA V/a.

PADRE NUESTRO. Dios Padre escogió a María como Madre de su Hijo divino. Por eso la hizo Inmaculada y llena de gracia. Demos gracias al Padre por las maravillas que ha obrado en María: "Padre nuestro".

COMUNIÓN. Isabel dijo a María: "¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?". En la comunión, no nos va a visitar la Madre del señor, sino el mismo Señor, Jesús, pero acompañado siempre de su Madre.

PRECES – Día 17

Elevemos nuestra oración al Señor,
por intercesión de la Virgen María Auxiliadora,
la Virgen de los tiempos difíciles:

- Por todos los miembros de la Iglesia,
para que sepamos dar testimonio
de nuestra fe cristiana,
a pesar de cualquier dificultad.
Roguemos al Señor:
- Para que inspire a los gobernantes
el deseo de trabajar por la paz y el bien común.
Roguemos al Señor:
- Para que cuantos lloran en este valle de lágrimas
sientan la protección materna de la Virgen,
consuelo de los que lloran.
Roguemos al Señor:
- Para que el Espíritu Santo
sea nuestra luz y nuestra fuerza
para vivir la fe cristiana.
Roguemos al Señor:

Escucha, Dios de bondad, las oraciones de tu pueblo,
pues las ponemos bajo la protección de María,
Madre y Auxiliadora de la Iglesia.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén

18 JESÚS Y SU MADRE EN LAS BODAS DE CANÁ. Misas de la Virgen, nº 9: *La Virgen María de Caná. Lecturas de esa misa.*

Los niños son una caja de sorpresas. Cuando menos te lo esperas, te desconciertan. Les estás enseñando un castillo lleno de historia, y se quedan curioseando una lagartija que sale entre las piedras. Se fijan en lo pequeño, en lo curioso, pero no llegan a entender lo grande.

A Jesús le pasaron cosas por el estilo. Uno de sus grandes milagros fue cuando cambió el agua en vino, en las bodas de Caná.

Faltó el vino en la fiesta. La Virgen, como mujer, como madre, se dio cuenta del apuro de los esposos. Y quiso ayudarles. Por eso se dirigió a Jesús y Él hizo el milagro.

Los criados llevaron el vino al encargado del banquete para que lo probara. Pero este no se dio cuenta del milagro; solo fue capaz de afirmar que aquel vino era exquisito.

La Virgen y los Apóstoles no pudieron imaginar que aquel milagro era un signo del vino que Jesús nos daría en la Eucaristía. Se fijaron en lo pequeño, en el vino; no entendieron lo grande, la Eucaristía.

El caso de la Virgen es singular. El vino de la Eucaristía es nada menos que el signo de la Sangre de Jesús. Y Jesús recibió su Sangre de su Madre, María.

En esas bodas de Caná, la Virgen lo único que deseaba era ayudar a aquellos novios a solucionar el problema del vino. Cuando Jesús hizo el milagro de transformar el agua en vino, Ella admiró el poder y la bondad de su Hijo, pero ni de lejos pudo imaginar que ese vino milagroso sería un día signo de la Sangre de Jesús, la que Ella le había dado, como madre.

La multiplicación de panes para alimentar a una multitud de personas fue otro de los grandes milagros de Jesús. Para Él, esa multiplicación del pan tenía un fin más alto, más espiritual: ser el signo del pan eucarístico, el que se reparte a todos en la Comunión.

Sin embargo, aquellos hombres y mujeres que fueron testigos del milagro de la multiplicación de los panes solo pensaron en proclamar rey a Jesús, para que les alimentara siempre. Se fijaron en lo pequeño, en el pan; no entendieron lo grande, la Eucaristía.

La Virgen se enteró ciertamente de ese milagro portentoso, pero nunca imaginó que ese pan multiplicado era signo del Cuerpo de Jesús, que Él nos daría en la Comunión. Afirmó Jesús: "Yo soy el Pan de Vida, bajado del Cielo. Si uno come de este Pan, vivirá para siempre. Y el Pan que yo le voy a dar es mi carne, para la vida del mundo. Si no coméis mi carne y bebéis mi Sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna y Yo lo resucitaré el último día".

Ese Pan consagrado, transformado en el Cuerpo de Jesús, nos recuerda a María, la Madre que le preparó ese Cuerpo.

Jesús, multiplicando el pan y cambiando el agua en vino, preparó los signos de la Eucaristía.

En la Última Cena, tomó el pan y dijo: "Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo". Después, tomó el cáliz y dijo: "Bebed todos de él, porque este es el Cáliz de mi Sangre". Y añadió: "Haced esto en conmemoración mía. Así me tendréis cada día presente en medio de vosotros".

¡Qué maravilla! ¡Dios se hace presente entre nosotros! Y nosotros, al comulgar, nos distraemos, a veces, con cualquier tontería. Nos pasa como a los que vivieron con Jesús: nos fijamos en lo pequeño, en cualquier detalle; no entendemos lo grande, la Eucaristía.

Una escena que provoca siempre una especial ternura es la de una madre dando de mamar a su bebé. Ella ha preparado la leche, que es el mejor alimento que puede tomar su bebé, el más completo, el más sano, el más natural. Y con la leche le da su ternura, sus caricias, su protección.

Teniendo esta imagen ante los ojos, recordemos las palabras estremecedoras de Jesús: "Tomad y comed, porque esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros. Tomad y bebed, porque este es el Cáliz de mi Sangre que se entrega por vosotros".

La madre dice a su pequeño: "Toma y bebe esta leche que te entrego para que vivas y te desarrolles".

Siguiendo esta comparación, la actitud de Jesús tiene mucho de maternal, al darnos su Cuerpo y su Sangre para que tengamos vida. Al Pan de la Eucaristía, que recibimos en la Comunión, le llamamos precisamente Pan de Vida.

Apliquemos esto a nuestra vida diaria. Jesús en la Eucaristía, en la Comunión, nos entrega su Cuerpo y su Sangre. Todo aquel que entrega a los demás su cuerpo, su salud, su trabajo, su sonrisa, su dinero, su consejo, está haciendo un *gesto eucarístico*, está obrando como Jesús. Mejor dicho, Jesús continúa su entrega a través de la entrega de esa persona.

Juan Pablo II, en este Año de la Eucaristía, pone en labios de la Virgen estas palabras: "No dudéis, confiad en la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino en las bodas de Caná, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su Cuerpo y su Sangre, entregando a los creyentes en la Eucaristía la memoria viva de su Pascua, para hacerse así *Pan de Vida y Bebida de Salvación*".

En la Eucaristía nos fiamos absolutamente de la Palabra de Jesús: "Esto es mi Cuerpo, este es el Cáliz de mi Sangre". También la Virgen, más que nadie, se fío de las palabras de Jesús.

SALUDO. Jesús, que ofrece su Cuerpo y su Sangre en la Eucaristía, esté con vosotros.

AMBIENTACIÓN. Jesús multiplicó el pan y cambió el agua en vino, para demostrar que Él podía darnos en la Eucaristía su Cuerpo y su Sangre en forma de pan y de vino. Fue precisamente la Virgen quien le pidió que ayudara a aquellos esposos de Caná, que se iban a quedar sin vino en su boda. Demos gracias a Jesús porque nos da su Cuerpo y su Sangre en la Comunión.

ACTO PENITENCIAL. Y le pedimos ahora que obre otra maravilla: perdonar nuestros pecados.

- Tú multiplicaste el pan para alimentar a una multitud hambrienta. Señor, ten piedad.
- Tú cambiaste el agua en vino para alegrar la boda de unos esposos. Cristo, ten piedad.
- Tú nos das en la Eucaristía el Pan y el Vino como sacramento de tu Cuerpo y de tu Sangre.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

1ª LECTURA. En el evangelio de hoy, la Virgen les dice a los sirvientes: "Haced lo que Jesús os diga". En esta primera lectura, el pueblo judío responde a Moisés: "Haremos todo cuanto ha dicho el Señor". Hagamos también nosotros la voluntad de Dios.

PRECES (*Ver aparte*).

ORAD, HERMANOS. Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

PREFACIO PROPIO DE ESTA MISA DE LA VIRGEN (pág. 64)

PLEGARIA EUCARÍSTICA V/b.

PADRE NUESTRO. En el evangelio de hoy, nos decía la Virgen: "Haced lo que Él os diga". Hagamos la voluntad de Dios Padre, que busca siempre nuestra salvación. Digamos con toda confianza: "Padre nuestro".

COMUNIÓN. La multiplicación de los panes, que hizo Jesús, fue un signo de lo que Él nos iba a dar en la Eucaristía. Este Pan se multiplica millones de veces para darnos a todos el Cuerpo de Cristo en la Comunión. Démosle gracias.

PRECES – 18

Con toda confianza,
invoquemos a Dios Padre,
que nos ha regalado a la Madre de Jesús
como Madre y Auxiliadora de su Iglesia:

- Para que el Espíritu Santo
produzca en todos los miembros de la Iglesia
los mejores frutos de santidad.
Roguemos al Señor:
- Para que los gobernantes se dediquen generosamente
a trabajar por el bien de los ciudadanos.
Roguemos al Señor:
- Por los niños y jóvenes abandonados, sin familia,
para que encuentren quien los acoja y atienda.
Roguemos al Señor.
- Para que la devoción a María Auxiliadora
abra nuestro corazón a la Iglesia y al mundo entero.
Roguemos al Señor:

Padre celestial, danos la gracia de tu Espíritu Santo,
para que vivamos siempre
como dignos hijos e hijas tuyos.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

19 CRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE. Misa propia con sus lecturas. Para la 1ª lectura, escoger la carta a los Hebreos.

Hoy día abundan mucho los Voluntarios. Son personas que generosamente se prestan a ayudar a los demás.

Pensemos, por ejemplo, en una asociación que quiere atender a los leprosos. Hay unos voluntarios que entregan su dinero o cosas materiales para apoyar ese trabajo; y hay otros voluntarios que van a trabajar personalmente con los leprosos. Es importante dar dinero o cosas materiales para ayudar a los leprosos, pero es más importante darse a sí mismo como voluntario para atender personalmente a los leprosos.

Algo de eso sucede con los sacrificios de las diversas religiones. Casi todas piden a sus fieles que ofrezcan sacrificios materiales. Basta recordar al pueblo judío, que presentaba diariamente a Dios sacrificios de animales y de frutos del campo en el templo de Jerusalén.

Pero Jesús cambió radicalmente ese tipo de religión. Él anuló completamente los sacrificios materiales de animales y de frutos del campo. Los sustituyó por algo mucho mejor y más profundo: el sacrificio de la propia persona. Una sola persona humana vale más que todas las cosas materiales.

Jesús no ofreció cosas materiales, sino a Sí mismo en la Cruz. Eso lo renovamos cada día en la Eucaristía: "Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros. Este es el cáliz de mi Sangre que se derrama por vosotros, para el perdón de los pecados".

La Virgen, al pie de la Cruz, acompañó a Jesús. Ante todo, lo ofreció al Padre como víctima de salvación para todo el mundo. Y después se ofreció a sí misma juntamente con Él.

Muchos años antes, cuando Jesús era un bebé de cuarenta días, la Virgen lo había presentado a Dios en el templo de Jerusalén. Entonces el anciano Simeón le profetizó: "Una espada de dolor te atravesará el alma por ser la Madre de este Niño".

Desde ese momento, la Virgen se ofreció a Dios, pero unida siempre a su Hijo. Los dos tenían que sufrir para salvarnos a todos. Ese ofrecimiento de la Virgen culminó a los pies de la Cruz de Jesús.

Hoy Dios no espera de nosotros que le dediquemos el sacrificio de cosas materiales, sino que le presentemos en la Eucaristía el sacrificio de Jesús, el de María, el de toda la Iglesia y el nuestro personal.

Un pobre, que no tiene dinero, puede ofrecerse a sí mismo. Un enfermo, que no puede salir de su casa o de su cama, puede ofrecerse a sí mismo. Más aún, una persona, que está a punto de morir, puede ofrecerse a sí misma a Dios. Todos lo podemos hacer.

En definitiva, no es cuestión de cosas materiales, sino de personas. Hemos de ofrecer a Dios el sacrificio de Jesús; eso es lo fundamental. Y, junto al sacrificio de Jesús, presentemos el de María, el de los Santos, el de toda la Iglesia, y también nuestro sacrificio personal.

Todo lo que vivimos y realizamos lo podemos presentar a Dios: la comida, la bebida, el descanso, el trabajo, la diversión, la salud, la enfermedad y hasta la misma muerte. En el

momento de nuestro Bautismo, Cristo nos ungió como reyes, sacerdotes y profetas. Todos los bautizados hemos recibido el sacerdocio común, que nos hace sacerdotes para presentar a Dios sacrificios espirituales, unidos al sacrificio de Jesús.

En la Eucaristía, al renovar el sacrificio de Jesús, ofrezcámonos a nosotros mismos. A ello nos invita este Año de la Eucaristía. Dios no quiere que llevemos a su presencia cosas materiales, sino a nosotros mismos, como hizo la Virgen. Para Dios, nosotros somos lo más importante.

Hoy celebramos la fiesta de Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote. María es la Madre de Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote. Y Jesús es sacerdote porque ofreció a Dios Padre el sacrificio de su propia vida, para que el Padre perdonara nuestros pecados.

La Virgen se ofreció a sí misma junto con Jesús, al pie de la Cruz. Y también nosotros hemos de ofrecernos juntamente con Jesús, como lo hizo María, su Madre. En ese sentido, todos somos sacerdotes.

En la Cruz, María presentó a Jesús, diciendo al Padre: "Tú me has dado a este Hijo, que es tuyo; yo también te lo ofrezco para que salves a toda la humanidad. Acepto que Jesús muera, para que todos puedan tener vida".

A la Virgen no la clavaron materialmente en la Cruz, pero el dolor que sufrió al ver a Jesús, martirizado, escupido, burlado, crucificado, no se puede comparar con ningún otro dolor. Todos nuestros dolores, todos los dolores de la historia, son poca cosa en comparación del mar de dolor de Cristo y de su Madre en la Cruz.

Jesús, el Sumo y Eterno Sacerdote, ofreciéndose en la Cruz por nosotros, nos ha salvado. Y María, ofreciendo a Jesús y a Ella misma por nosotros, ha colaborado también en nuestra salvación.

En la Cruz, se ganó María el ser Madre nuestra. Tuvo que perder a Jesús para tenernos a nosotros como hijos.

Siempre que participamos en la Eucaristía, hemos de presentar a Dios el sacrificio de Jesús y, unido a él, el de María, el de todos los que sufren y también nuestros propios sufrimientos. Así colaboraremos a salvar el mundo. Imitemos a María, la Mujer eucarística.

Jesús resucitado y glorioso nos hará participar un día de su triunfo y de su gloria, como ya ha hecho con María. Ella fue *Madre Dolorosa* al pie de la Cruz. Pero Jesús la cambió en *Virgen de la Alegría* el Domingo de Pascua.

La Cruz de Jesús termina siempre en Resurrección y en Gloria.

SALUDO. Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote de la Nueva Alianza, esté con vosotros.

AMBIENTACIÓN. Hoy celebramos la fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote de la Nueva Alianza. Todos los cristianos participamos del sacerdocio de Jesús, aunque de modos diversos, según los sacramentos que hemos recibido. En el Bautismo, todos hemos sido consagrados sacerdotes, reyes y profetas, unidos a Jesús. Por eso, todos celebramos la Eucaristía, ofrecemos al Padre el sacrificio de Jesús y después recibimos su Cuerpo en la Comunión.

ACTO PENITENCIAL. Jesús murió en la Cruz para conseguir el perdón de nuestros pecados. Pidamos ahora al Señor que nos perdone.

- Tú eres el Sumo y Eterno Sacerdote. Señor, ten piedad.
- Tú has ofrecido tu vida para el perdón de nuestros pecados. Cristo, ten piedad.
- Tú, en nuestro Bautismo, nos has hecho sacerdotes, reyes y profetas, en unión contigo.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

1ª LECTURA. La segunda de las propuestas, o sea, la *Carta a los Hebreos*. La lectura declara a Jesús Sumo Sacerdote, que ofreció un solo sacrificio, pero ofreciéndose a Sí mismo por la salvación de todos.

PRECES (*Ver aparte*).

ORAD, HERMANOS. En el momento de ofrecer el sacrificio de toda la Iglesia, oremos a Dios, Padre todopoderoso.

PREFACIO PROPIO DE LA FIESTA.

PLEGARIA EUCARÍSTICA SOBRE LA RECONCILIACIÓN I, Reconciliación con el Padre.

PADRE NUESTRO. Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, con su Muerte y Resurrección nos abrió la puerta de la casa del Padre. Digamos, llenos de gratitud: "Padre nuestro".

COMUNIÓN. Jesús es Sumo y Eterno Sacerdote, porque ofreció su vida para el perdón de nuestros pecados. Démosle gracias en esta Comunión.

PRECES – 19

En esta fiesta de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote,
démosle gracias porque con su Muerte y Resurrección
nos ha abierto las puertas del Cielo:

– Para que sepamos ofrecer nuestros propios dolores,
unidos a los de Jesús y a los de su Madre,
para la salvación del mundo.

Roguemos al Señor:

– Para que el Espíritu Santo suscite
vocaciones de sacerdotes, de religiosos y religiosas,
y de laicos comprometidos.

Roguemos al Señor:

– Para que el Espíritu Santo infunda en las naciones
sentimientos de cooperación y fraternidad universal.

Roguemos al Señor.

– Para que Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote,
levante el ánimo de los decaídos
y de los que viven sin esperanza.

Roguemos al Señor:

Dios y Padre nuestro, te damos gracias
porque escuchas nuestras súplicas
por medio de Jesús, tu Hijo y Hermano nuestro,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

20 LA EUCARISTÍA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS. Misas de la Virgen, nº. 13: *La Virgen María confiada como Madre a los discípulos*. 1ª lectura, tomarla de la misa nº. 26, pág 110. Evangelio de la misa nº 13, pág. 68.

Los judíos celebraban la Pascua una vez al año como nosotros. Lo hacían en una cena religiosa, en la cual se rezaba, se cantaba, se recordaba cómo Dios había salvado al pueblo judío de la esclavitud de Egipto y tantas otras maravillas que Dios había obrado por su pueblo.

En resumen, en esa cena, se leía la Palabra de Dios, recordando sus maravillas, y se comía el cordero pascual, acompañado de pan y de vino.

Los primeros cristianos comenzaron a celebrar la Eucaristía reproduciendo ese mismo esquema judío, y nosotros lo seguimos haciendo ahora.

En la Eucaristía, escuchamos unas lecturas, que nos proponen lo que Dios ha hecho por nosotros, comemos el Pan y bebemos el Vino, que nos traen la presencia de Jesús, el nuevo Cordero pascual; además rezamos y cantamos.

Esto nos parece lo más normal del mundo, ya que lo hacemos también nosotros.

Pero hay un caso singular, único. Después de que Jesús subió al Cielo, la Virgen vivió unos años con los Apóstoles y los primeros cristianos.

Todos ellos comenzaron inmediatamente a celebrar la Eucaristía. Jesús les había mandado: "Haced esto en conmemoración mía".

La Virgen celebraba la Eucaristía, pero de un modo singular, único. El Apóstol que presidía la celebración decía: "Tomad y comed, esto es mi Cuerpo. Tomad y bebed, este es el Cáliz de mi Sangre". ¡Qué sacudida sentía la Virgen al escuchar esas palabras!

Ella pensaría: "Ese Cuerpo y esa Sangre son precisamente los que yo le di a Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre".

Cuando el Apóstol le daba a Ella, al comulgar, el Pan y el Vino de la Eucaristía, le decía: "El Cuerpo de Cristo. La Sangre de Cristo". La Virgen tenía que sentir un verdadero estremecimiento. Recibía el Cuerpo y la Sangre de Jesús, que Ella misma le había dado. Jesús la llenaba con su presencia, de algún modo, como la había llenado cuando lo había llevado en su seno. Pero ahora lo recibía resucitado y glorioso, como nosotros también lo recibimos.

María recibía a Jesús en la Comunión, con el amor entrañable de una Madre, pero con la fe profunda de una mujer creyente, porque veía a Jesús solamente a través de la fe, como nosotros. Para Ella, la Comunión era algo esperado, deseado, como el mejor momento del día. María era una Mujer eucarística. Es nuestro mejor ejemplo en este Año de la Eucaristía.

Sobre esto, podemos añadir otro aspecto importante. Jesús, después de resucitar y antes de subir al Cielo, hizo una maravillosa promesa: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Ni siquiera nuestra madre nos ha podido hacer esta promesa, porque ella no puede estar siempre con nosotros y, al final, muere. Solo Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, puede asegurarnos que estará siempre a nuestro lado.

Aquí se da una contradicción humana: Jesús subió al Cielo y, al mismo tiempo, nos prometió que se quedaba con nosotros. Eso humanamente es imposible: marcharse y quedarse. Pero, como Jesús era Dios y hombre, podía hacerlo.

Él está en el Cielo y, al mismo tiempo, se ha quedado con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo, sobre todo, en la Eucaristía: "Esto es mi Cuerpo, que se entrega. Este es el Cáliz de mi Sangre, que se derrama por vosotros".

De ese modo, nunca estamos solos. Aunque una persona viva sola en su casa o en cualquier otro sitio, nunca está realmente sola porque Jesús nos prometió: "No os dejaré huérfanos. Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Agradecemos la presencia de las personas que nos acompañan y ayudan. Pero la presencia de Jesús en la Eucaristía es la mejor presencia, pues sirve para este mundo y, sobre todo, para el Cielo.

Pero, donde está Jesús, se encuentra también su Madre. Los dos tienen ahora su cuerpo resucitado y glorioso. Para ellos no existen ya las dificultades del tiempo y del espacio, y pueden estar siempre, en todas partes, con todos.

También María nos dice: "Yo, unida a Jesús, estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Ninguna madre ha podido decir eso a sus hijos.

Por tanto, si Jesús nos ha prometido que está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, con Él se encuentra también su Madre. En la Eucaristía nos acompañan Jesús y su Madre bendita, todos los días, continuamente a nuestro lado.

Cuando celebramos la Eucaristía, cuando comulgamos, cuando visitamos a Jesús en el Sagrario, encontramos siempre a los dos: al Hijo y a su Madre.

SALUDO. Jesús, presente siempre en la Eucaristía, esté con vosotros.

AMBIENTACIÓN. Jesús resucitado nos hizo una gran promesa: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Ninguna persona humana nos puede hacer esa promesa, porque todos morimos. Solo Jesús resucitado, que vive para siempre, es capaz de estar a nuestro lado todos los días, hasta el fin del mundo. En el Cielo estaremos eternamente con Él, como ya lo está la Virgen María.

ACTO PENITENCIAL. Para ser más dignos de su presencia, pidamos al Señor perdón de nuestros pecados.

- Tú estás siempre con nosotros. Señor, ten piedad.
- Tú quieres que estemos siempre contigo. Cristo, ten piedad.
- Tú nos has preparado un lugar en la Casa del Padre, en el Cielo. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

LECTURA. La lectura nos presenta a la Virgen, entre los Apóstoles y los discípulos de Jesús. Todos ellos celebraban la Eucaristía, como lo hacemos ahora nosotros. Pero la Virgen la celebraba de un modo singular, único, por ser la Madre de Jesús.

PRECES (*Ver aparte*).

ORAD, HERMANOS. Orad, hermanos, para que llevando al altar los gozos y las fatigas de cada día, nos dispongamos a ofrecer el sacrificio agradable a Dios, Padre todopoderoso.

PREFACIO PROPIO DE ESTA MISA DE LA VIRGEN (pág. 81).

PLEGARIA EUCARÍSTICA V/c.

PADRE NUESTRO. Jesús nos ha hecho a todos hijos o hijas de Dios. Y también nos ha dado a su Madre por Madre nuestra. Somos Familia de Dios, por eso decimos: "Padre nuestro".

COMUNIÓN. Jesús resucitado nos prometió: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Eso lo cumple de un modo especialísimo en la Comunión. Jesús está con nosotros, aquí, hoy, ahora.

PRECES – 20

Recordando hoy a nuestra Madre del Cielo,
la Virgen de la Alegría,
oremos a Dios, nuestro Padre celestial:

- Por todos los que somos miembros de la Iglesia,
para que vivamos la alegría cristiana,
que brota de la Cruz y de la Resurrección de Jesús.
Roguemos al Señor:
- Para que reine la paz entre las naciones,
entre los pueblos, entre las familias, entre las personas.
Roguemos al Señor:
- Por los enfermos y todos los que sufren:
para que unan sus dolores a la Cruz de Jesús,
para la salvación del mundo.
Roguemos al Señor:
- Por nosotros: para que el Espíritu Santo
haga nuestro corazón abierto y generoso,
como el de la Virgen.
Roguemos al Señor:

Padre celestial, fuente de la alegría y del gozo,
ayúdanos a ser mensajeros de la alegría,
que nos ha traído tu Hijo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

21 CRISTO RESUCITADO NOS RESUCITA. Misas de la Virgen, n.º. n.º 15, *La Virgen María en la Resurrección del Señor*. 1ª lectura, la que propone esta misa, pág. 73. Evangelio, Juan 6,52-57; se encuentra en el leccionario del ciclo A, fiesta del Corpus”.

Una de las preocupaciones que hoy sentimos es alcanzar la *calidad de vida*. No deseamos solo vivir, sino vivir del modo más digno posible. Es magnífico que sintamos la dignidad de ser personas. Pero lo importante es encontrar la verdadera dignidad.

Dicen los psicólogos que muchísimas mujeres se sienten deprimidas al hojear una revista femenina, en la que se presenta cómo ha de ser la mujer ideal: guapa, esbelta, seductora, vestida a la última moda. Si una mujer pone todo su afán en su apariencia corporal, se sentirá deprimida, porque es imposible ser una mujer ideal, tal como lo presentan las revistas de moda.

Una chica modelo de Nueva York ha hecho unas observaciones impresionantes: “A veces, me siento culpable por ser parte de una industria que proyecta una imagen de mujer que hace infelices a la mayoría de las de mi género, porque es imposible conseguir esa imagen.

La mayoría de mis amigas modelo son depresivas, inseguras o adictas a alguna sustancia. Y las fotografías de las modelo que aparecen en las revistas están muy retocadas, para que presenten una imagen perfecta. Pero esa imagen perfecta no la tienen, en realidad, ni las modelo de las fotografías”.

Los chicos sufren también por no ser tan perfectos como a ellos les gustaría.

¿Eso es calidad de vida? Eso es solo la tiranía de la moda, que hace infelices a millones de personas, tanto mujeres como hombres, porque se les propone un modelo totalmente artificial, que es imposible alcanzar.

Por tanto, la calidad de vida no es buscar lo que no existe, sino aceptar serenamente la propia realidad, el propio cuerpo, las propias limitaciones y defectos. Más aún, dar importancia a los valores del espíritu: el amor, la paz, la honradez, la serenidad, la fe y la confianza en Dios. Eso sí que es calidad de vida.

Todos tenemos muchas limitaciones. En algunos momentos, sufrimos el dolor, la enfermedad. Entonces, vamos al médico y nos suele recetar alguna medicina, que nos ayuda a vencer la enfermedad. Pero resulta que hay una enfermedad que no tiene remedio, es la última enfermedad, o sea, la muerte.

¿Dónde se queda la calidad de vida, cuando llega la muerte? Tanta preocupación por el propio cuerpo, tanto tiempo dedicado a él, tanto dinero gastado para tener una bonita figura, ¿para qué sirve todo eso cuando llega la muerte?

Pero alegrémonos. Hay una medicina misteriosa que da la vida, que ofrece la mejor calidad de vida. Es una medicina baratísima, porque la regalan. La ha preparado el mejor médico, Jesús de Nazaret. La medicina se llama Eucaristía.

El médico Jesús afirmó con toda seguridad: “El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre tiene Vida eterna y Yo lo resucitaré el último día”.

Queridos hermanos: "¿Queréis tener calidad de vida? Más aún, ¿queréis tener vida eterna?, ¿queréis resucitar venciendo a la muerte? Pues, entonces, comulgad, recibid el Pan de Vida y el Cáliz de Salvación".

Alguno preguntará: "¿Ha habido alguien ha experimentado los efectos maravillosos de esa medicina de la Eucaristía?". Sí, la Virgen María. Jesús la resucitó y la llevó al Cielo, llena de gloria y felicidad.

Cuando Jesús subió al Cielo y envió al Espíritu Santo, María, los Apóstoles y los discípulos de Jesús comenzaron a celebrar la Eucaristía. Y la Virgen María, Mujer eucarística, comulgaba como todos los demás, y recibía el Pan de la Vida y la Cáliz de la Salvación.

Pero con una característica singular. Jesús nos ha prometido a todos: "El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre tiene Vida eterna y Yo lo resucitaré el último día".

Podemos imaginar que Jesús cambió un poco esas palabras y le dijo a su Madre: "Si el que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre tiene Vida eterna, mucho más tú, que me has dado mi Cuerpo y mi Sangre. Yo resucitaré a todos el último día, pero a ti te voy a resucitar enseguida, y te voy a llevar al Cielo en cuerpo y alma".

Es lógico. Jesús subió a su Madre en cuerpo y alma al Cielo. Sí, subió ese cuerpo de María, que le había dado a Él su Cuerpo. Era una obligación del Hijo honrar el cuerpo de su Madre. Eso, en definitiva, es la Asunción de María en cuerpo y alma al Cielo.

Si Jesús resucitó y subió al Cielo a María, también, de modo semejante, nos resucitará y subirá al Cielo a nosotros. Él ha querido tener un cuerpo como el nuestro, se ha hecho nuestro hermano. Por tanto, si Él ha resucitado, también nos resucitará a nosotros, sus hermanos.

Eso sí que es calidad de vida: Vida de Resurrección, Vida eterna, felicidad plena y absoluta.

Cuando vayamos a comulgar, en este Año de la Eucaristía y siempre, recordemos la promesa de Jesús: "El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre tiene Vida eterna y Yo lo resucitaré el último día". Sí, como ha resucitado ya a su Madre.

Eso es calidad de vida.

SALUDO. Jesús resucitado esté con vosotros.

AMBIENTACIÓN. Una de las grandes promesas de Jesús es esta: "El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre tiene vida eterna y Yo lo resucitaré el último día". Esa promesa la ha cumplido ya con su Madre, la Virgen. La resucitó, la subió al Cielo en cuerpo y alma y la ha llenado de gloria. También a nosotros nos resucitará y nos subirá al Cielo, para que vivamos en la gloria de la Casa del Padre.

ACTO PENITENCIAL. Mientras esperamos esa maravillosa realidad, pidamos humildemente perdón de nuestros pecados.

- Tú vives resucitado y glorioso. Señor, ten piedad.
- Tú has resucitado a María y la has subido al Cielo. Cristo, ten piedad.
- Tú nos resucitarás a nosotros y nos llevarás al Cielo. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

1ª LECTURA. La lectura nos presenta un cielo nuevo y una tierra nueva, la que Dios nos va a regalar el día de la resurrección, al fin del mundo. La Virgen María ya vive en ese cielo nuevo y en esa tierra nueva, donde todo es vida y alegría.

PRECES (*Ver aparte*).

ORAD, HERMANOS. Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

PREFACIO PROPIO DE ESTA MISA DE LA VIRGEN (pág. 90).

PLEGARIA EUCARÍSTICA V/d.

PADRE NUESTRO. La verdadera calidad de vida Dios Padre nos la va a regalar en su Casa del Cielo, en el nuevo cielo y la nueva tierra, que nos ha prometido. Démosle gracias, diciendo: "Padre nuestro".

COMUNIÓN. Al comulgar hoy, recordemos la gran promesa de Jesús: "El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre tiene vida eterna y Yo lo resucitaré el último día". Gracias, Jesús.

PRECES – 21

Confiados en Cristo,
que, con su Muerte y Resurrección,
ha salvado al mundo,
presentemos nuestras súplicas al Padre:

- Para que todos los miembros de la Iglesia
caminemos por la vida
con la fuerza de la Muerte y Resurrección de Jesús.
Roguemos al Señor:
- Para que los gobernantes trabajen
por el progreso y la paz
de todos los pueblos del mundo.
Roguemos al Señor:
- Para que los pueblos del Tercer Mundo
vean reconocida su dignidad
y reciban el apoyo que necesitan.
Roguemos al Señor:
- Para que sintamos cada día
el Auxilio de la Virgen María,
que vivió unida a Jesús, muerto y resucitado.
Roguemos al Señor:

Dios y Padre nuestro,
acoge con bondad estas súplicas
y danos la alegría de Jesús resucitado,
que nada ni nadie nos puede quitar.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

22 SANTÍSIMA TRINIDAD. Misa y lecturas de la solemnidad, del ciclo A.

“Si no lo veo, no lo creo”. Decir eso, hoy día, hace sonreír, porque vemos muy poco con nuestros ojos. Miramos al cielo y contemplamos solo unas cuantas estrellas y planetas, y nada más. Sin embargo, con un telescopio, descubrimos miles, millones de estrellas. Miramos nuestra mano y solo vemos la piel; no distinguimos ni los huesos ni los tendones, nervios, venas; y mucho menos las células. “Si no lo veo no lo creo”. Pobres de nosotros, porque no vemos casi nada.

Todavía estamos más ciegos para las cosas espirituales. Cuando nos encontramos junto a otra persona, no adivinamos sus pensamientos, sus afectos, sus temores, sus esperanzas.

Pero aún estamos más ciegos para ver a Dios. Él está en todos los sitios, dentro de nosotros mismos, pero no somos capaces de descubrirlo.

En la Eucaristía, Jesús nos dice: “Tomad y comed, esto es mi Cuerpo. Tomad y bebed, este es el Cáliz de mi Sangre”. Y nosotros solo vemos un poco de pan y un poco de vino.

Para ver a Dios valen muy poco los ojos de la cara. Nos hacen falta unos ojos nuevos, los ojos de la fe.

Hoy estamos celebrando la gran fiesta de la Santísima Trinidad.

A Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo los vemos con los ojos de la fe. Hemos comenzado la Eucaristía, rezando: “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Sí, los vemos con los ojos de la fe. Y, además, en la Eucaristía les rezamos, les cantamos, les damos gracias, les pedimos perdón. O sea, que los sentimos presentes, a nuestro lado.

Más todavía. Después de la consagración del Pan y del Vino, rezamos: “Así, con María, la Madre de Jesús, con los Apóstoles y los Santos te alabamos y te bendecimos”. Y además recordamos a los difuntos. Eso quiere decir que en la Eucaristía sentimos que la Virgen, los Apóstoles, los Santos y los difuntos están vivos y presentes, aquí, junto a nosotros. ¿Cómo puede ser eso?

La explicación es muy clara. Jesús, el Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo forman un solo Dios. Si en la Comunión yo recibo a Cristo resucitado, el Hijo de Dios, necesariamente Él me une a Dios Padre y a Dios Espíritu Santo: a toda la Santísima Trinidad, porque entre los Tres están tan unidos que son un solo Dios.

Otro aspecto. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo. Y, en ese Cuerpo, Cristo es la Cabeza. La Virgen, los Santos, los difuntos y todos los cristianos, toda la humanidad somos los miembros. En un cuerpo, la cabeza no se puede separar de los miembros. En el Cuerpo de Cristo, no se puede separar la Cabeza, que es Cristo, de los miembros, que somos la Virgen, los Santos, los cristianos, los difuntos y toda la humanidad.

¿Y eso cómo puede ser? La explicación es muy sencilla. Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, la Virgen, los Santos, nuestros difuntos, son seres espirituales. El espíritu, el alma, no ocupan lugar ni tiempo. La humanidad entera es miembro de Cristo, y en ese sentido todas las personas del mundo están unidas espiritualmente a Jesús.

El sacerdote parte el pan de la Eucaristía, pero no se rompe la presencia de Cristo resucitado y glorioso, porque es algo espiritual.

El caso de la Virgen es excepcional. En la comunión, recibimos el Cuerpo de Cristo; pero Cristo recibió el Cuerpo de su Madre, la Virgen María. En el Cuerpo de Cristo hay algo de su Madre, porque en el cuerpo de todo hijo queda la huella real de la madre que lo ha engendrado.

Un detalle. Cuando entramos en la iglesia, nuestra vista se ha de dirigir directamente al Sagrario, donde está el Pan de la Eucaristía, el Cuerpo de Cristo. Con Él están Dios Padre y Dios Espíritu Santo. Y la Virgen y los Santos y nuestros difuntos y toda la humanidad.

Pensemos ahora especialmente en la Virgen. Saludemos a la Virgen en el Sagrario, junto a Jesús. Y solo después podemos mirar la imagen de la Virgen, esa estatua de madera o de piedra que nos *recuerda* a la Virgen.

La Virgen no está en la madera o en la piedra, sino viva y verdadera junto a Cristo vivo y verdadero en el Sagrario. Los dos están resucitados y gloriosos, superando el lugar y el tiempo.

Cuando comulgemos hoy y siempre, recordemos que, al recibir ese trocito de pan consagrado que el sacerdote nos ofrece, recibimos a Jesús, y con Él a Dios Padre, a Dios Espíritu Santo, a la Virgen, a los Santos, a nuestros difuntos y hasta toda la humanidad, pues todos somos miembros del Cuerpo de Cristo.

La Comunión nos trae el Cielo a la tierra. La Comunión es lo más grande y más hermoso que hay en este mundo. Meditemos esto en el Año de la Eucaristía.

Sólo en el Cielo seremos capaces de comprender el tesoro infinito que es la Comunión.

Pidamos al Espíritu Santo que nos dé ojos de fe para darnos cuenta de lo que recibimos en la Comunión. Y demos gracias a Dios por ese tesoro maravilloso que nos regala.

SALUDO. Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo estén con vosotros.

AMBIENTACIÓN. Celebramos hoy la fiesta de la Santísima Trinidad, un solo Dios en Tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios Padre nos envió a su Hijo, que se hizo hombre en el seno de María, por obra y gracia del Espíritu Santo. Desde ese momento, Dios nos ha adoptado a todos como hijos o hijas. Esa es nuestra mayor dignidad y alegría. Demos gracias a Dios que nos ha hecho miembros de su Familia.

ACTO PENITENCIAL. Ante la santidad infinita de Dios, reconozcamos humildemente nuestros pecados.

- Tú eres el Hijo único de Dios. Señor, ten piedad.
- Tú te hiciste hermano nuestro al nacer de la Virgen María. Cristo, ten piedad.
- Tú nos has hecho hijos o hijas de Dios Padre. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

1ª LECTURA. El Dios compasivo y misericordioso se apareció a Moisés para acompañar al pueblo de Israel en su camino.

2ª LECTURA. Esta breve lectura termina con las palabras de saludo que, con frecuencia, nos dirigen los sacerdotes al comenzar la Misa.

PRECES (*Ver aparte*).

ORAD, HERMANOS. Orad, hermanos, para que, llevando al altar los gozos y las fatigas de cada día, nos dispongamos a ofrecer el sacrificio agradable a Dios, Padre todopoderoso.

PREFACIO PROPIO DE LA SOLEMNIDAD.

PLEGARIA EUCARÍSTICA II.

PADRE NUESTRO. En esta fiesta de la Santísima Trinidad, nos dirigimos al Padre, que nos envió a su Hijo para hacernos a todos hijos o hijas de Dios. Agradecidos, le decimos: "Padre nuestro".

COMUNIÓN. En la Comunión, Jesús nos une a Dios Padre y a Dios Espíritu Santo. Y también a la Virgen, a los Santos, a los difuntos, a la humanidad entera. Vivamos siempre en comunión.

PRECES – 22

En esta gran fiesta de la Santísima Trinidad,
oremos al Padre, por medio de su Hijo,
movidos por su Espíritu Santo:

- Por todos los miembros de la Iglesia,
para que sintamos la presencia salvadora
de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.
Roguemos al Señor:
- Por los gobernantes: para que actúen con honradez
y sean generosos en su trabajo por el bien común.
Roguemos al Señor:
- Por los que viven agobiados, sin alegría,
para que el triunfo de Jesús resucitado
los llene de una serena esperanza.
Roguemos al Señor:
- Para que la Virgen nos enseñe
a conocer y a amar
a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo,
que son la fuente de nuestra salvación.
Roguemos al Señor:

Padre, escucha las plegarias
de los que somos tus hijos y tus hijas,
miembros de tu gran Familia.
Por tu Hijo, Jesucristo nuestro Señor. Amén.

23 LAS DOS COLUMNAS. Misas de la Virgen, nº. 42: *La Virgen María, Auxilio de los Cristianos*. 1ª lectura, tomarla de la misa nº 26, pág. 110. Evangelio, del ciclo B, domingo 19 del tiempo ordinario.

Os voy a contar uno de los sueños más célebres de Don Bosco, llamado el de *las dos columnas*. Dice así: "Figuraos que estáis conmigo en un islote en medio del mar. Se ven muchas barcas dispuestas en orden de batalla, con las proas terminadas en un afilado espolón de hierro. Dichas barcas están armadas de cañones, cargadas de fusiles y de otras armas, de material incendiario, y también de libros.

(Los libros, la televisión, los periódicos y revistas pueden ser un arma terrible hoy día.)

Todas esas barcas se dirigen contra una gran nave, intentando clavarle su espolón, incendiarla o, al menos, hacerle el mayor daño posible. Esa nave simboliza a la Iglesia de Cristo.

A esa majestuosa nave hacen escolta numerosas barcas, que de ella reciben órdenes, realizando las oportunas maniobras para defenderse de la flota enemiga. El viento les es adverso y la agitación del mar favorece a los enemigos.

En medio de la inmensidad del mar, se levantan, sobre las olas, dos robustas columnas, muy altas y cercanas entre sí.

Sobre una de ellas campea la estatua de la Virgen Inmaculada, a cuyos pies se ve un cartel con esta inscripción: *Auxilio de los cristianos*.

Sobre la otra columna, que es mucho más alta y gruesa, hay una Sagrada Forma, que representa a Cristo en la Eucaristía. Debajo hay un cartel con esta inscripción: *Salvación de los que tienen fe*.

El comandante supremo de la gran nave es el Papa que empuña el timón; todos sus esfuerzos van encaminados a dirigir la nave hacia el espacio existente entre aquellas dos columnas, de cuya parte superior penden numerosas áncoras y gruesas argollas, unidas a robustas cadenas.

Las barcas enemigas se disponen a asaltar la nave de la Iglesia, haciendo lo posible por detener su marcha y por hundirla. Unas con escritos, con libros. (Hoy diríamos con televisión, con periódicos, con revistas, con películas.) Otras con cañones, fusiles y espolones, intentan hacer daño a la gran nave de la Iglesia.

Los enemigos disparan sus cañones y fusiles. El Papa cae herido al recibir un disparo, y muere. Los asaltantes cantan victoria, pero inmediatamente es elegido otro Papa.

El nuevo papa, venciendo y superando todos los obstáculos, guía la nave hacia las dos columnas y, al llegar al espacio comprendido entre ambas, la amarra con sendas cadenas a las dos columnas, la de Cristo y la de la Virgen.

Entonces se produce una gran confusión. Todas las barcas, que hasta aquel momento habían luchado contra la gran nave capitaneada por el Papa, se dan a la fuga, se dispersan, chocan entre sí y se destruyen mutuamente. Unas, al hundirse, arrastran tras de sí a las otras.

Las otras barcas, las que han combatido valerosamente a las órdenes del Papa, son las primeras en llegar a las dos columnas, donde quedan amarradas y seguras.

En el mar reina, por fin, una calma completa".

Hasta aquí la narración del sueño de Don Bosco.

¿Qué significa este sueño?

La gran nave, capitaneada por el Papa, es la Iglesia de Cristo, que formamos todos nosotros, mientras navegamos por el mar de la vida. Las barcas enemigas son todos los que se oponen a Dios y a su Santa Iglesia.

Pero es muy cómodo ver solo los enemigos de fuera. Los peores enemigos son siempre los de dentro.

Nosotros mismos, cuando pecamos, nos convertimos también en enemigos de Dios y de la Iglesia de Cristo. ¡Qué tragedia! Un mal cristiano es el peor enemigo de la Iglesia.

Un mal cristiano es un miembro enfermo del Cuerpo de Cristo y hace daño a todo ese Cuerpo. Con nuestro pecado no solo ofendemos a Dios, sino también a todo el Cuerpo de Cristo, a toda la Iglesia. Por eso, en la Confesión, en la Reconciliación, el sacerdote nos perdona en nombre de Dios y en nombre de todo el Cuerpo de Cristo, de toda la Iglesia. Ese es el misterio de la Comunión de los Santos.

La Iglesia, todos nosotros, que navegamos por el mar de la vida, solo encontraremos la fuerza, la seguridad y el descanso en esas dos grandes columnas. Por tanto, hemos de acercarnos a Cristo en la Comunión y hemos de ponernos bajo el auxilio de María.

En la primera lectura de hoy, hemos visto a la Virgen en oración, juntamente con los apóstoles, que formaban la Iglesia primitiva. El que ama a la Virgen ama a la Iglesia y al Papa. María es Madre de la Iglesia, Auxiliadora de los cristianos y Auxiliadora singular del Papa.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos ha asegurado: "Yo soy el pan vivo que baja del Cielo. El que coma de este Pan vivirá para siempre. Y el Pan que Yo daré es mi Carne, para la vida del mundo". Hermanos, si queréis vivir para siempre, recibid el Cuerpo de Jesús en la Comunión.

La unión con Cristo en la Comunión y la devoción a la Virgen Auxiliadora son las dos columnas de la Iglesia y de nuestra vida cristiana, mientras navegamos por el mar de este mundo.

En este Año de la Eucaristía y siempre, pongamos nuestros ojos y nuestro corazón en estas dos columnas de nuestra fe cristiana: Jesús en la Eucaristía y, con Él, la Virgen, nuestra Auxiliadora.

SALUDO. Jesús, Salvador del mundo, esté con vosotros.

AMBIENTACIÓN. Celebramos hoy el último día de esta novena, que ha tenido como lema: *la Eucaristía y la Virgen Bosco*. Don hoy nos va a presentar la síntesis de lo que hemos dicho en días anteriores. Él nos va a hablar de las dos columnas en las que se apoya la Iglesia: La Eucaristía y la Virgen Auxiliadora. Esas son también para nosotros las dos columnas de nuestra vida cristiana.

ACTO PENITENCIAL. Comencemos nuestra celebración pidiendo perdón de nuestros pecados.

- Tú eres la columna fundamental de nuestra fe. Señor, ten piedad.
- Tú has querido que tu Madre sea para nosotros columna y auxilio en nuestra vida cristiana.
- Tú estás siempre con nosotros, para llevarnos a la Casa feliz del Padre. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

1ª LECTURA. La lectura nos presenta a María en medio de los Apóstoles y discípulos, como columna, auxilio y madre, para fortalecer su fe.

PRECES (*Ver aparte*).

ORAD, HERMANOS. En el momento de ofrecer el sacrificio de toda la Iglesia, oremos a Dios, Padre todopoderoso.

PREFACIO PROPIO DE ESTA MISA DE LA VIRGEN (pág. 193).

PLEGARIA EUCARÍSTICA III.

PADRE NUESTRO. La nave de la Iglesia avanza por el mar de la vida hacia el puerto, que es la Casa feliz de Dios Padre. Con esta esperanza, le decimos: "Padre nuestro".

COMUNIÓN. La nave de la Iglesia, mientras avanza por el mar de la vida, tiene dos columnas en las que apoyarse: la Eucaristía y la Virgen. Donde está Jesús, se encuentra siempre su Madre. Al recibir a Jesús en la Eucaristía, recibimos, de algún modo, también a su Madre que le dio su Cuerpo y su Sangre.

BENDICIÓN DE MARÍA AUXILIADORA.

¡Os deseo a todos una feliz fiesta de María Auxiliadora!

PRECES – 23

En este último día de la novena de María Auxiliadora,
elevemos nuestra oración al Señor,
con toda confianza.

- Por los miembros de la Iglesia,
para que sintamos la presencia de Cristo
entre nosotros,
todos los días, hasta el fin del mundo.
Roguemos al Señor:
- Por los gobernantes, para que ayuden a los ciudadanos
a progresar en la justicia y en la paz.
Roguemos al Señor:
- Por los que sufren la persecución o la guerra,
para que Cristo resucitado les dé fuerza y esperanza.
Roguemos al Señor:
- Para que la devoción a María Auxiliadora
nos acerque más a Cristo y a su Iglesia,
y abra nuestro corazón al mundo entero.
Roguemos al Señor:

Escucha, Padre celestial,
las súplicas que, con toda confianza,
te hemos presentado.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.